

esas tertulias peligrosas; su frecuente asistencia á la iglesia, su respeto y su devocion en el templo, y aquella moderacion, aquella apacibilidad en el trato, aquella circunspeccion, son visibles pruebas de su perfecta resurreccion. ¿Y porqué no podrás tú lograr desde hoy el dulce consuelo de notar en tí mismo estas pruebas? Acaso será esta la postrera Pascua para tí. ¿Qué locura es dilatar para el año que viene, que para muchos no vendrá, una conversion que aun ahora es acaso ya demasiado tardía! Postrado, pues, delante de un crucifijo, dile á Dios resueltamente, ó que no quieres convertirte jamás, ó que con el socorro de su gracia quieres hacerlo desde este mismo momento.

DIA VEINTE Y DOS.

SAN SOTERO Y SAN CAYO, PAPAS Y MÁRTIRES.

San Sotero, tan recomendable por su caridad y por su zelo, fué natural de Fundi, en el reino de Nápoles. Nació á fines del primer siglo, ó á los principios del segundo. Tuvo la dicha de ser educado en el seno de la Iglesia en aquellos felices dias de su primitivo fervor, y así tomó todo su espíritu. Su larga mansion en Roma en un tiempo en que la fe y la piedad de los Romanos servian de modelo á todas las iglesias del mundo, no contribuyó poco á que se hiciese tan célebre en el clero, así por su virtud como por su sabiduria. Venerábanle como á santo, y oíanle como á oráculo; y así habiendo muerto san Aniceto por los años de 161, fué san Sotero elegido unánimemente por sucesor en la silla de san Pedro.

Esta suprema dignidad no sirvió mas que para dar nuevo lustre á su eminente virtud, y para que brillase

mas aquella ardiente caridad que fué siempre el carácter de nuestro santo. Dióle ocasiones oportunas para que la ejercitase, durante el tiempo de su pontificado, el emperador Marco Aurelio, por la cruel persecucion que excitó contra los cristianos. No fué solo Roma el teatro donde triunfó la paciencia de los fieles; todo el mundo fué testigo, y á un mismo tiempo admirador de su magnanimidad y de su constancia. Unos, enterrados vivos en profundos calabozos, oprimidos con el peso de los hierros, ó sepultados en las minas; otros, despedazados en los cadalsos, ó expuestos á las fieras en los anfiteatros: tal era el espectáculo que ofrecian á los ojos del mundo los cristianos, cuando san Sotero se encargó del gobierno de la Iglesia, con lo que tuvo ocasion de emplear toda su vigilancia y sus desvelos en descubrir las necesidades espirituales y corporales de aquellos santos confesores, y todo su zelo en remediarlas.

Excediendo su caridad á la de los santos pontífices sus predecesores, no omitió diligencia alguna para recoger cuantas limosnas pudo, y enviarlas, como aquellos habian hecho, á las iglesias de diferentes ciudades, acompañándolas de instrucciones muy saludables en las cartas que les escribió, para exhortar á los fieles á mantenerse firmes en la fe, á vivir unidos entre sí con los obispos y pastores que los gobernaban, á sufrir con paciencia y aun con alegría las crueles persecuciones y tormentos que padecian por amor de Jesucristo, y que les merecian la corona del martirio.

Pero el que así comunicaba los efectos de su caridad hasta los últimos ángulos del mundo, ¿cómo hubiera podido olvidar á los que estaban padeciendo, digámoslo así, delante de sus mismos ojos? Era, pues, digno de la mayor admiracion ver á aquel gran papa, oprimido de años y trabajos, buscar en

persona á los cristianos dentro de las cavernas y lugares subterráneos, alentarlos con sus palabras, animarlos con sus ejemplos, y mantenerlos con sus continuas limosnas.

Aunque la caridad de nuestro santo á ningun pobre excluía, principalmente la practicaba, y aun la doblaba con aquellos que estaban padeciendo por Jesucristo, ya en las cárceles, ya en las minas, donde muchas veces se hallaban destituidos de todo socorro, como se reconoce sobre todo por la carta que le escribió san Dionisio, obispo de Corinto. « Desde luego, dice, te acostumbraste á derramar tu beneficencia sobre los hermanos, enviando á muchas iglesias con que mantenerse: aquí socorres á los pobres en sus grandes necesidades; allí asistes á los que trabajan en las minas; en todas partes renuevas la generosa caridad de tus antecesores, socorriendo á los que padecen por Jesucristo. El bienaventurado obispo Sotero no se contenta con seguir sus ejemplos, sino que sobrepuja su caridad; no solo cuida de buscar y recoger limosnas, enviándolas á los santos, sino que recibe con amor paternal á todos los hermanos que acuden á él, los consuela con sus palabras, los alienta con sus ejemplos y les asiste con sus socorros. »

No se contentaba Sotero con aliviar á los generosos confesores de Cristo con las grandes limosnas que les hacía; alentábalos, manteníalos, fortificábalos en la fe por medio de sus cartas, que inspiraban á todos los fieles nuevo fervor: así las leían con veneración en las iglesias. « Hoy celebramos el santo día del domingo, continúa el santo obispo de Corinto, y hemos leído vuestra epístola, que proseguiremos leyendo para nuestra instrucción. »

Ni se dedicó con menor zelo á prevenir y atajar todo cuanto podía corromper la pureza de la fe

que los herejes pretendian alterar, principalmente despues de la muerte de los apóstoles. Opúsose con vigor y fortaleza á los montanistas ó catafrigas, cuya herejía comenzó á sacar la cabeza en su pontificado; y lo hizo con tanta valentia y con tanta felicidad por medio de sus sabios escritos, que muchos años despues no se echaba mano de otras armas para combatir á Tertuliano, cuando se declaró sectario suyo.

Atento Sotero á todas las necesidades de la Iglesia, hizo muchos reglamentos, entre los cuales hay uno que prohíbe á las vírgenes consagradas á Dios tocar los vasos y ornamentos sagrados, como tambien ministrar el incienso en el oficio divino. Gobernó san Sotero la Iglesia por espacio de ocho ó de nueve años. No podía faltar la corona del martirio á un vida tan pura, tan santa y tan apostólica como la suya, en un tiempo en que todo el infierno parecia haberse desencadenado contra los cristianos. Despedazadas en todas partes las ovejas, era consiguiente que el pastor no se escapase del furor de los tiranos; y aunque ignoramos el género de martirio con que nuestro santo ilustró la fe, en todos los martirologios le hallamos contado en el número de los santos mártires. Sergio II trasladó su cuerpo del cementerio de Calixto á la iglesia de Equicio, dedicada á san Silvestre y á san Martin. Venéranse en Toledo algunas reliquias suyas, y se celebra su fiesta en aquella iglesia con grande solemnidad. Tambien guardan algunas en la suya los jesuitas de Munich en Baviera, y las con servan con mucha veneración.

El mismo día celebra la Iglesia la fiesta del santo pontífice Cayo, originario de Dalmacia y pariente del emperador Diocleciano. Es probable que sus padres fueron cristianos, y que desde niño le criaron en los principios de nuestra religion. No se sabe con

qué ocasion fué á Roma; y solo es cierto que por la pureza de sus costumbres, por el zelo de la religion y por su vida ejemplar, fué recibido en el clero con general gozo de todos; y que en él se hizo desde luego distinguir, no menos por su sabiduría que por su virtud. Estaba reputado en Roma por uno de los mas santos clérigos de la Iglesia, cuando murió el papa Eutiquiano, el año de 283, y no se deliberó un punto sobre colocarle en la silla de san Pedro.

Cabeza de los obispos y padre comun de todos los fieles, poseyó eminentemente todas las cualidades. El zelo, el valor, la prudencia, la heroica virtud, y la ardiente caridad que mostró en todas ocasiones, le hicieron mirar desde luego por uno de los mas dignos pontífices que hasta entonces habia logrado la Iglesia. No es fácil explicar la solitud, los caritativos desvelos y las fatigas de este santísimo papa durante aquellos calamitosos tiempos de persecucion y de trabajos. Como los cristianos se veian precisados á estar escondidos en los bosques y sepultados en las cavernas, el santo pontífice por algun tiempo tomó tambien el mismo partido de esconderse para poder asistirlos. Visitábalos en las cuevas y en los montes; consolábalos, socorriálos, y los animaba á defender valerosamente la fe, aunque fuese á costa de la vida.

Habiendo calmado un poco la tempestad, volvió á Roma nuestro Cayo, acompañado de crecido número de confesores de Cristo. Pero renovóse presto la persecucion contra los cristianos con mayor furia que nunca: en todas las plazas públicas, esquinas y encrucijadas de las calles colocaron unos idolillos, con bando riguroso de que nada se pudiese comprar ni vender sin haberles antes incensado; y ni aun se podia sacar agua de las fuentes y pozos públicos sin ofrecer primero estos impíos sacrificios.

En tan tristes circunstancias, nuestro vigilantísimo

pontífice ordenó á Cromacio, que habia sido prefecto de Roma, y era á la sazón uno de los mas fervorosos discipulos de Cristo, que se retirase á su tierra para asistir á los cristianos que se habian refugiado en ella; y aunque deseó que san Sebastian fuese tambien en su compañía, supo alegar tales razones este generoso defensor de la fe para persuadirle lo mucho que importaba que él se quedase cerca de su persona, que al fin se rindió á ellas, y dió orden al presbítero Policarpo para que siguiese á Cromacio.

Luego que partieron estos confesores, Cayo ordenó de diáconos á los dos hermanos Marco y Marceliano, y de presbítero á Tranquilino su padre. Vivian todos juntos en casa de un oficial del emperador, llamado Castulo, zelosísimo cristiano, el cual tenia cuarto dentro del mismo palacio, y estaba en lo mas alto del edificio. Allí se juntaban secretamente los fieles todos los dias, y el santo pontífice los alimentaba con la palabra de Dios, distribuyéndoles el pan de los fuertes, y celebrando el divino sacrificio.

Tiburcio, que era un caballero mozo, gran cristiano, y muy distinguido entre todos por su zelo de la religion, conducia cada dia algunos nuevos neófitos, á los cuales bautizaba san Cayo despues de haberlos instruido.

Mientras nuestro santo se ocupaba dia y noche en estas obras de caridad y religion, fueron á decir á su hermano san Gabino que Maximiano, hijo adoptivo del emperador Diocleciano, pedia á su hija Susana para casarse con ella. Noticioso de esto el santo papa, envió á llamar á su sobrina, la cual, informada del ánimo del emperador, venia á echarse á los pies de su santo tío para pedirle su bendicion y disponerse al martirio. La conferencia fué breve, pero tierna. « Ya sabeis, amado tío mio, dijo la santa doncella, que habiendo hecho voto de castidad, no puedo dar

la mano a otro esposo que á Jesucristo; y vengo á declararos que jamás la daré á otro. Viendo estoy que no habrá género de tormentos de que no se valga el tirano para obligarme á mudar de resolucion; pero llena de confianza en la misericordia de mi Señor Jesucristo, me atrevo á aseguraros que nada será capaz de arrancar la fe de mi corazon, ni aun de hacer titubear la determinacion de vuestra humilde sobrina. » Deshacianse en lágrimas de ternura todos los circunstantes; pero mas enternecido que todos nuestro santo, se contentó con darla su bendicion, y con exhortarla breve, pero patéticamente, á la perseverancia, y á no hacerse indigna de la gloria del martirio. Triunfó santa Susana de la crueldad y del furor de los tiranos; y todos cuantos estaban en Roma con nuestro santo tuvieron la misma dicha y consiguieron la misma victoria.

San Cayo no fué dejado en olvido: parece que Dios le habia conservado, solo para que lograrse el consuelo de enviar delante de sí al cielo aquella ilustrisima tropa; pero habia trabajado con gran zelo y buen fruto para no merecer la corona del martirio. Padecióle hácia el año 296, habiendo ocupado la silla de san Pedro doce años y algunos meses. Fué enterrado en el cementerio de Calixto, y de allí fué trasladado su santo cuerpo el año de 1631 á una iglesia muy antigua de su mismo nombre; y en Novelara de Italia se conserva una parte de sus preciosas reliquias.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma en la via Apia, el tránsito de san Sotero, papa y mártir.

Allí mismo, san Cayo papa, coronado con el martirio en tiempo del emperador Diocleciano.

En Esmirna, los santos Apeles y Lucio, de los primeros discipulos de Jesucristo.

El mismo dia, muchos santos mártires, que por orden del rey Sapor, un año despues de la muerte de san Simeon y en el dia del Viernes Santo, fueron degollados en todas las provincias de la Persia por defender el nombre de Jesucristo. De este número fueron el eunuco Azades, favorito del rey; Miles obispo, esclarecido en santidad y milagros; Acépsimas obispo, con su presbitero Santiago; Aitala y José, presbiteros; Azadanes y Abdieso diáconos, y otros muchos clérigos; como tambien los obispos Mareas y Bicoor, con otros veinte obispos, cerca de doscientos y cincuenta clérigos, y muchos monjes y virgenes consagradas á Dios: dos de estas, á saber, Tárbula, hermana del obispo san Simeon, y una criada suya, fueron atadas á un poste, y murieron con gran crueldad siendo serradas por medio del cuerpo.

Tambien en Persia, los santos Pármenas, Helimenas y Crisotelo, presbiteros; Lucas y Mucio, diáconos, cuyo martirio se describe en las actas de los santos Abdon y Senen.

En Alejandria, el tránsito de san Leonidas, martirizado en tiempo de Severo.

En Leon de Francia, san Epipodio, que fué preso con su colega san Alejandro durante la persecucion de Antonino Vero, y despues de cruelísimos tormentos consumó su martirio siendo decapitado.

En Sens, san Leon, obispo y confesor.

En Anastasiópolis, san Teodoro obispo, célebre en milagros.

La misa es en honra de los santos, y la oracion la que sigue.

Beatorum martyrum, pariterque pontificum Soteris et Caili, nos, quæsumus Domine, festa tueantur: et eorum com-	Suplicámoste, Señor, que nos defienda la festiva memoria que celebramos de tus santos mártires y pontífices Sotero y
----------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

mendet oratio veneranda. Per Cayo, y que su venerable intercesion nos recomiende à ti. Dominum nostrum Jesum Por nuestro Señor Jesucristo... Christum...

La epistola es del Apocalipsis de san Juan, cap. 19.

In diebus illis: Post hæc ego Joannes audi vi quasi vocem turbarum multarum in caelo dicentium: Alleluia: Salus, et gloria, et virtus Deo nostro est: quia vera et justa judicia sunt ejus, qui judicavit de meretrice magna, quæ corripuit terram in prostitutione sua, et vindicavit sanguinem servorum suorum de manibus ejus. Et iterum dixerunt: Alleluia. Et fumus ejus ascendit in sæcula sæculorum. Et ceciderunt seniores viginti quatuor, et quatuor animalia, et adoraverunt Deum sedentem super thronum, dicentes: Amen: Alleluia. Et vox de throno exiit, dicens: Laudem dicite Deo nostro, omnes servi ejus; et qui timetis eum, pusilli et magni. Et audi vi quasi vocem turbæ magnæ, et sicut vocem aquarum multarum, et sicut vocem tonitruorum magnorum, dicentium: Alleluia: quoniam regnavit Dominus Deus noster omnipotens. Gaudeamus, et exultemus et demus gloriam ei: quia venerunt nuptiæ Agni, et uxor ejus præparavit se. Et datum est illi, ut cooperiat se byssino splen-

En aquellos dias: Despues de esto yo Juan oí como la voz de muchas turbas en el cielo que decian: Alleluia: Salud y gloria y virtud sea à nuestro Dios. Porque sus juicios son verdaderos y justos, y juzgó à la gran ramera que corrompió la tierra con su prostitucion, y vengó la sangre de sus siervos que ella derramó con sus manos. Y dijeron segunda vez: Alleluia. Y el humo de ella subió por los siglos de los siglos. Y los veinte y cuatro ancianos y los cuatro animales se postraron y adoraron à Dios sentado sobre el trono, diciendo: Amen: Alleluia. Y salió del trono una voz que dijo: Dad alabanza à nuestro Dios, vosotros todos sus siervos; y vosotros que le temeis, pequeños y grandes. Y oí una voz como de una gran multitud, y como la voz de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decian: Alleluia: porque reinó nuestro Señor Dios omnipotente. Alegrémonos y regocijémonos, y demosle gloria: porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa está ya adornada. Y se le ha dado el vestirse de

centi et candido. Byssinum biso cándido y resplandeciente. enim, justificationes sunt sanc- Porque el biso son las justifi- torum. Et dixit mihi: Scribe: caciones de los santos. Y me Beati, qui ad cœnam nuptiarum Agni vocati sunt. dijo: Escribe: Bienaventurados aquellos que han sido llamados à la cena de las bodas del Cordero.

NOTA.

« Un domingo hácia el fin del imperio de Domiciano, » esto es, por los años del señor de 95, tuvo el evangelista san Juan las revelaciones del Apocalipsis en » la isla de Patmos. Desterrado allí, dice san Jerónimo, de la conversacion de los hombres, fué participante de los mayores secretos de los ángeles, » durante sus maravillosos raptos. »

REFLEXIONES.

Beati, qui ad cœnam nuptiarum Agni vocati sunt. Bienaventurados los que son llamados à la cena de las bodas del Cordero. Cualquiera otra idea de felicidad es quimérica. La estancia de los bienaventurados, la alegría de la corte celestial, la bienaventuranza eterna, que representan esta cena y estas bodas del Cordero, es lo único que puede hacer à un hombre verdaderamente feliz. Como solo Dios puede llenar nuestro corazon, solo él puede saciar nuestros deseos: cualquiera otro objeto inquieta la conciencia, cansa y disgusta necesariamente. Solo Dios puede contentar una alma, calmar sus inquietudes, sus desconfianzas, sus temores y todas las turbaciones que nacen del fondo de nuestro corazon. Aquellos que se juzgan dichosos por los bienes de fortuna, por las felicidades del mundo, hablando con propiedad, son dichosos de teatro, y verdaderos personajes de comedia: toda su imaginaria felicidad consiste en mostrar lo que no

son; pero siempre descubren lo que verdaderamente son, por mas que manden como reyes, ó hablen en tono de amos. Este es el retrato menos lisonjero y mas natural de los dichosos del siglo.

Por mas que me esfuerce, decia san Agustin, á llenar el inmenso vacío de mi corazón con cualquiera otra cosa, en ninguna encuentro equivalente á aquel gusto puro y exquisito que experimento en cumplir con la obligacion de servir á mi Dios. Asi como es cosa dura y amarga sacudir el yugo de la sujecion á tan dulce como amable dueño, así no la hay mas suave ni de mayor consuelo que amarle y servirle. Los buenos nunca están expuestos á aquella odiosa alternativa de alegría y de tristeza, á aquellos crueles remordimientos que turban todas las fiestas de los mundanos, y jamás les conceden un día de treguas ni de reposo.

Atentos siempre á complacer únicamente á aquel Señor, cuyo enojo será algún día motivo de desesperacion á todos los que le hubieren ofendido, hallan en su misma fidelidad una alegría y una felicidad perfecta. Si alguna vez se les representa dificultoso el desempeño de su obligacion, presto les enseña la experiencia que no hay gusto igual al de cumplir con todas las que son propias de su estado. Y si este gusto no es de aquellos vivos y halagüeños que lisonjean la corrupcion del corazón humano, es á lo menos tan sólido y tan puro que nunca tiene revueltas enfadosas y molestas. No es de aquellos gustos momentáneos que se acaban con el día de la fiesta ó regocijo público, y que muchas veces penden del capricho y de la extravagancia de no pocos: es un gusto permanente que satisface, y que puede lograrse todos los instantes de la vida sin fastidio, sin pesar y sin remordimiento.

No es de aquellos gustos que consumen la hacienda,

manchan la honra y alteran la salud; es un gusto útil en todos tiempos, siempre honroso, y que no contribuye poco á conservar la salud del cuerpo, por la tranquilidad, por la satisfaccion que causa al espíritu. A las demás diversiones no se las toma gusto sino por la pasion que las da todo el sánete; el gusto que se siente en cumplir cada uno con su obligacion y en servir á Dios, no admite otro sánete que el que le da la razon.

En cualquiera otro gusto cada uno desapruueba interiormente sus deseos, condena su propia flaqueza, aborrece á sus competidores, teme las revoluciones, desconfía de su mismo corazón, enójase contra su desigualdad, irritase contra sus inquietudes; los zelos pican, los pesares turban, la inutilidad de los pasos que se dan desespera, la posesion fastidia, y los remordimientos perpetuos causan un cruel arrepentimiento. Nada de esto se experimenta en el servicio de Dios, en este convite de las bodas del Cordero. El pensamiento de haber cumplido con su obligacion consueta; la presencia del dueño á quien se sirve anima; el fin que se propone llena de honra y de alegría.

Conócese que eternamente se complacerá el alma en el partido que tomó; sábese bien que los mas disolutos, los mismos que con mayor insolencia se burlan de la virtud y de los virtuosos, los miran con envidia. El número de los concurrentes aumenta el consuelo, excitando con el buen ejemplo el zelo y el fervor. La vista, el conocimiento de nuestros propios defectos, en vez de desalentarnos, nos anima á ser mejores por la enmienda de ellos; no se da cuartel á ninguna de aquellas bajas é indignas pasiones que despedazan el corazón. Sirve de pábulo á la alegría su misma tranquilidad; no inquieta el miedo de las borrascas ni de las tempestades, porque el Señor á quien se

sirve manda á los mares y á los vientos. Con tal proteccion ¿cómo pueden no ser serenos y tranquilos todos los dias de los virtuosos? En el servicio de tal dueño, ¿cómo puede no gozarse de una perpetua calma? ¿Y es posible que se busque en otra parte la felicidad? ¿y es posible que no se sacrifique cuanto hay que sacrificar para poder asistir á este banquete? ¿y es posible que se suspire por otro bien, que se anhele otro gusto en la tierra?

El evangelio es del cap. 15 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Ego sum vitis, vos palmites: qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum: quia sine me nihil potestis facere. Si quis in me non manserit, mittetur foras sicut palme, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet. Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint: quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis. In hoc clarificatus est Pater meus, ut fructum plurimum afferatis, et efficiamini mei discipuli. Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. Manete in dilectione mea. Si præcepta mea servaveritis, manebitis in dilectione mea, sicut et ego Patris mei præcepta servavi, et maneo in ejus dilectione. Hæc locutus sum vobis: ut gaudium meum in vobis sit, et gaudium vestrum impleatur.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y en quien yo permanezco, da mucho fruto: porque sin mí nada podeis hacer. Si alguno no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento: se secará, lo recogerán, lo echarán al fuego, y arderá. Si permaneciéreis en mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, pediréis lo que quisiéreis, y se os concederá. Es para gloria de mi Padre que vosotros deis mucho fruto, y seais mis discipulos. Como mi Padre me ha amado, así os he amado yo á vosotros. Permaneced en mi amor. Si guardáreis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los preceptos de mi Padre, y permanezco en su amor. Os he dicho estas cosas, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.

MEDITACION.

DE LAS RECAIDAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todo pecado es el mayor mal del hombre; pero la reincidencia en el pecado es prueba muy sensible de la extrema malignidad de este mal. Muchos sanan de los mayores males; pero pocos se levantan de las recaidas. En lo moral el que recae da motivo para sospechar que no estaba bien curado.

Las recaidas en las enfermedades casi siempre suelen causarse por aquellos mismos humores que alteraron el cuerpo la primera vez, y no quedaron del todo corregidos ó purgados. ¿Y será menos de temer que los nuevos pecados no sean efecto de los antiguos? La falsa penitencia es de ordinario causa de la recaida. Es inconstante la voluntad, no lo niego; pero no es regular que se mude de repente en orden á aquellas cosas que llegó á querer con vehemencia; es menester, por decirlo así, que el tiempo la vaya disponiendo, que vaya borrando poco á poco las ideas, los motivos de la primera resolucion. Cuántos argumentos, cuántas instancias, cuántas razones fuertes y eficaces no son menester todos los dias para obligarnos á mudar de resolucion, para desvanecer todas nuestras preocupaciones, para empeñarnos en dar un paso que hasta aquí juzgábamos perjudicial; ¡y una pasión nociva hace en un instante impresion en nuestras almas! Pecadores y penitentes casi en una misma hora, presumimos pasar de un extremo á otro, sin pasar por el medio. ¡Amar lo que poco tiempo ha se aborrecia, tomar gusto á lo que se acaba de detestar como el mayor mal de todos los